

LOS MADRILES

Director: E. Navarro Gonzalvo.

Revista semanal.

Oficinas: San Andrés, 33, L.º 129

LAS PRIMERAS LILAS



CUENTA CORRIENTE



INDUDABLEMENTE la semana transcurrida no arroja partidas bastante importantes para llenar estas columnas.

Podemos hablar algo de la visita de los estudiantes portugueses que han venido á estrechar los lazos de amistad y compañerismo con sus hermanos los estudiantes españoles. Se les ha dispensado una acogida por todo extremo cariñosa, y creemos que no estarán descontentos de nosotros.

La Compañía de Eleonora Duse, cuyo retrato publicamos en otro lugar de este número, ha debutado en el teatro de la Comedia con éxito extraordinario. Es una actriz guapa, elegante y de muchísimo talento. *Todo Madrid* irá á aplaudirla. Y no ocurre nada más.

¿Cómo salir del compromiso? Ya lo sé. Acabo de leer un precioso artículo del popular escritor francés Armand Silvestre, lleno de gracia y de oportunidad—su título lo indica sobradamente—y lo voy á traducir, insertándolo aquí, en el lugar preferente de *Los MADRILES*, para recreo y solaz de mis lectores.

Lean ustedes:

LA LEYENDA DE LAS LILAS.

«Aún están muy retrasadas las de mi jardín, en relación á las que veo ya perfumando las calles, colocadas en los cestos de los vendedores. Apenas si sus oscuros racimos se destacan entre el nevado fondo de los cerezos en flor, ó entre las verdes hojas del árbol que, tiernas todavía, adoptan la forma del aguzado hierro de las flechas. No ha llegado aún el rayo del sol que ha de abrir, con beso de amante cariñoso, sus perfumados labios. Sus botones afectan ahora la forma de pequeños incensarios, que el viento balancea, sin lograr que se desprenda de ellos el menor perfume. ¿Para qué invisible y misteriosa misa se agitan ya aquellos pebeteros en que no arda nada todavía?...»

Yo voy á decirlo, que sé más sobre este punto que todos los botánicos, que no son, después de todo, más que simples manipuladores del microscopio. La ciencia se contenta con describir, sin explicarnos el por qué de las cosas. Los que sueñan están casi siempre más cerca de la verdad eterna que los que estudian. He aquí por qué el viejo Fausto repudia sus libros, rompe sus retortas y alambiques, y busca los ideales del amor, que es el más dulce y el más embustero de los sueños.

Para reconstituir la historia psicológica, digámoslo así, de las lilas, he de atenerme á algunas noticias exactas y cuidadosamente comprobadas. Esta flor, originaria de Oriente, no fué conocida en Palestina hasta los comienzos de nuestra Era. En Constantinopla coincidió su aparición con la de los primeros dogmas del cristianismo, y Augier Ghisland de Busbecq la introdujo en Europa en 1560; es decir, en la época en que era más grande el fervor religioso en Francia y en todos los países vecinos. Es necesario, pues, ser ciego, ó discurrir de mala fe para negar su evidente procedencia evangélica, sobre todo cuando el aspecto y la forma de la misma flor nos da preciosas indicaciones para asegurarlo.

Es indudable que el drama de la Pasión no impresionó á los hombres solamente. Varios historiadores latinos, nada sospechosos, hacen referencia al cataclismo local que sufrió la Tierra al expirar el Salvador. Animales y plantas, piedras y montañas, sufrieron súbita transformación. Preguntad al asno, transformado un momento en corcel triunfal para la

CARICATURAS CONTEMPORANEAS



Enrique Stanley,

CÉLEBRE EXPLORADOR DEL ÁFRICA

entrada del nuevo Dios en Jerusalén. Preguntad al pichón, promovido al grado de esposo suplementario en los matrimonios estériles, su opinión sobre la doctrina del Nazareno, y entrambos se desharán en elogios y alabanzas. Pero no preguntéis al cerdo, al cual la ley de Moisés preservaba del cuchillo del matarife y de los honores de la salchichería, y hoy las tolerancias evangélicas han devuelto á la alimentación del hombre,

cosa que el animalito no ha podido perdonar á los cristianos. Observad cómo ese comestible rencoroso se presta con delicia á todas las manifestaciones gastronómicas anticlericales. Así ofrece, casi gratuitamente, sus jamones y sus sabrosos embutidos á los ímpios comensales de los banquetes del Viernes Santo, que creen glorificar los derechos sagrados del libre peneamiento atiborrándose de lomo y de salchicha.

En vano San Antonio, que era un hombre conciliador, quiso traer el cerdo á buen camino, inculcándole sentimientos más cristianos, haciéndole entrar, como quien dice, en el seno de la Iglesia, llevándole constantemente á su lado. El cerdo continúa todavía siendo el símbolo más perfecto del ateísmo.

Por estos ejemplos podéis convenceros que el reino animal no fué insensible á la revolución cuya sangrienta cuna fué la cima del Gólgota.

¿Por qué las flores, que en mayor esca que las demás cosas de la naturaleza—por más que alguien crea lo contrario—toman parte en nuestras penas y en nuestras alegrías, ora sonrientes entre los cabellos de nuestras amadas cuando ellas nos sonríen, ora mustias y ajadas en su seno, cuando nos hacen llorar desesperados; por qué esas flores, repito, á las que el menor soplo hace estremecer, no habían también de sufrir la emoción conseqüente ante el drama divino del Calvario?

¿Nuestros maestros, los poetas griegos, no habían imaginado ya que la rosa tomaba su púrpura de la sangre de Adonis, y el narciso su palidez, de los desfallecimientos de un inmortal? Yo mismo he contado la leyenda del tulipán, tal como la he encontrado en los poetas persas. La historia de las flores está ligada íntimamente con la historia de los dioses.

¿Qué tiene, pues, de extraño que encuentre yo un lugar preferente para las lilas en el simbolismo de la religión cristiana?

Mientras que los cultos se borran y desaparecen sus líneas bajo el polvo de los rituales viejos, trayendo en sus cálices una savia más viva que nuestra fe, llena de desfallecimientos, las flores embalsaman, con el aroma indestructible del recuerdo, el alma de todos los ritos abolidos.

Y el día en que en nuestras desiertas catedrales no resuenen los majestuosos acordes del órgano; la sagrada Custodia, abierta, brille en el vacío; los rayos del sol, al filtrarse por los vidrios de colores de las altas ventanas, no reflejen sobre las casullas bordadas de oro y plata, y los acólitos no llenen con las nubes de perfumado incienso las sagradas naves, llegará el domingo de Pascua, y las lilas agitarán en dulce balanceo sus vivientes incensarios, bajo un cielo cada vez más lejoso de nuestras esperanzas, recordando que un día, un inmenso *hosanna* se elevó de la tierra, cantando al libertador de la Humanidad, puesto en pie sobre las ruinas de una tumba rota.

ARMAND SILVESTRE

Por la traducción,

E. NAVARRO GONZALVO



¡VENCIO!

Sus ojos se fijaron en mis ojos, su pecho se juntó contra mi pecho, subiendo sus labios á mi rostro convertidos en ráfagas de fuego. Sus manos se cruzaron con las mías, acaricié su frente con mi aliento, y cual sierpos, mis brazos se enroscaron á las cárneas formas de su cuerpo. Una queja, una frase antecortada que entre sus ondas recogiera el viento, y después el silencio... interrumpido por el rumor sonoro de dos besos.

Luego... sombras, y llantos, y tristezas, el triste despertar de alegre sueño, abriéndose un abismo ante mis plantas y Satán en su fondo sonriendo.

BARRO

La imagen eres tú; yo te adoraba como se adora á Dios, sin pensar que el sacrilego cariño pudiera envenenar mi corazón.

Hoy me castiga el cielo; la escultura del altar resbaló, y puedo contemplar cereas, muy cereas, la codiciada imagen de mi amor.

Está bien modelada la escultura, el cincel la adornó de líneas griegas, de perfil de diosa... ¡Cuánto pudo engendrar la inspiración!

¡He visto la escultura muy de cerca! ¡El barro la formó!

¡Y un corazón de barro no merece la grandeza infinita del amor!

NARCISO DIAZ DE ESCOBAR

UNA TRAGEDIA

Mientras la lluvia menuda y fría azota los cristales y un sirecillo Norte hace caminar más que de prisa á los escasos transeuntes de aquella calle apartada del centro, en un gabinetito del piso segundo arde un buen fuego, leña que chisporrotea y cruje, y cuyos llamas alegran la vista, completando la sensación de bienestar producida por la temperatura.

Cerca de la chimenea un velador, sentada junto á él, una mujer hace costura. No es vieja aún; apenas si habrá doblado el cabo de los cuarenta. Entre sus negros cabellos, que rodean una hermosa frente, brillan algunas canas, muy pocas, que indican más bien penas y sufrimientos pasados que pasos recorridos en el camino de la vida.

Sus facciones, correctas y delicadas, guardan la más completa impasibilidad, y sólo en sus grandes ojos negros se ve de cuando en cuando chispear una mirada viva como un relámpago, indefinible. Su actitud revela, sin embargo, la indiferencia de una persona que entretiene la velada mientras llega la hora del sueño.

Al otro lado del velador, junto al fuego, tendido en una butaca como, un hombre envuelto en rica bata acolchada, cubiertas las piernas con una piel, inmóvil, fija obstinadamente los ojos en aquella mujer.

Aquel hombre tendrá unos cincuenta años; el cabello, negro aún, blanquea, sin embargo, junto á las sienes. Hondas arrugas surcan la frente, y en la *pata de perro* que aparece junto á los ojos y en la ligera depresión de su boca se adviene el cansancio del hombre rendido y gastado por los pla-

ceres. Sus manos, flacas y amarillentas, caen inertes sobre sus rodillas.

Una lámpara con sacha pantalla proyecta su luz sobre el velador, iluminando los rostros de estas dos personas.

Un gran silencio, interrumpido solamente por el sonido lejano de un piano el repiqueteo del agua en los cristales ó el taconear apresurado de algún transeunte, reina en aquel gabinete.

¿Quién podría adivinar que en aquel interior tranquilo, bajo aquella aparente intimidad, se oculta un drama?

Aún no hace un mes, aquel hombre

ACTUALIDADES



ELEONORA BUSE

PRIMERA ACTRIZ DE LA COMPAÑIA ITALIANA que actúa en el teatro de la Comedia.

cais herido de un ataque de parálisis en brazos de una perdida, en medio del ruido y la algazara de la más desesperada de las orgías.

Su esposa, aquella mujer que ahora cose tranquilamente frente á él, lo vió entrar, conducido en tal estado, por las puertas de su casa, á las cuatro de la madrugada. Después, los médicos han declarado francamente su opinión, dictando una sentencia de muerte, que ha de cumplirse fatalmente y en plazo breve.

Encadenado por la parálisis, sin haber conservado libre más que el espíritu y el pensamiento, sintiendo su fin próximo, está ahí pensando en sus locuras pasadas, en la existencia de placeres y orgías constantes que ha llevado, creyéndose eternamente joven, aun á la edad en que se empieza á ser viejo.

Todas sus noches de crápula, todos sus caprichos lujuriosos, rápidamente olvidados para satisfacer otros nuevos, pasan ante su vista.

Un sudor frío brota de sus sienes cuando hace vanos esfuerzos para mover un brazo ó una pierna, sufriendo la horrible tortura de verse clavado en aquella butaca, mientras su pensamiento puede volar recorriendo su vida entera.

Un terror de muerte le invade, y lucha en vano contra la idea de su fin inminente, cuando se creía fuerte como un roble.

¡Ella piensa también! Su cerebro pasa revista á los quince años de matrimonio

que aquel mismo día se cumplen, ligada á aquel hombre á quien tanto amó; y ante su vista pasa el triste cortejo de todas sus desilusiones y todas sus amarguras y afrentas.

Primero, un poco de miramiento y consideración disimularon las faltas; luego vino el abandono injusto, el cinismo. Todas las villanías, las cobardes ofensas de aquel vicio. Las queridas públicamente ostentadas; el desprecio por la esposa mártir, que seguía valerosamente conservando su honradex, y procurando, á fuerza de ternura, reconquistar aquel corazón encenagado.

Luego, el ridículo ante la sociedad; la fortuna perdida en el juego ó derramada á manos llenas entre cortesanos y prostitutas, mientras que en el hogar, desiertito, faltaba lo más necesario á la vida.

Todo lo que su corazón de esposa había sufrido, sufrido también su amor propio y su dignidad de mujer, amontonando en su alma rencores y hieles que han ido ahogando todas las ternuras de los primeros años.

Y, como digno coronamiento á esta obra, aquella terrible y vergonzosa catástrofe, aquel coloso del vicio tumbado por el mal en medio de la orgía.

La compasión ha muerto ya en su alma; no le queda más que odio y rencor; el relámpago que á veces brilla en sus ojos, es de venganza.

Mientras él la contempla aterrado, ella cose, corta lentamente, interrumpiendo su tarea tan sólo para juzgar del efecto que unos pedazos de tela hacen sobre otros al colocarlos según el patrón que tiene sobre el velador.

De la boca crispada del paralítico sólo salen sonidos roncós é inarticulados cuando procura protestar con su lengua encadenada del suplicio terrible y justo que aquella mujer le impone.

Cada puntada que ella da en la tela es un golpe de aguja que desgarrá el corazón.

Y ella entretanto, sin levantar la vista de su labor más que para envolverle en una mirada más aguda y penetrante que su aguja, cose despacio, muy despacio, con la mayor sangre fría, sin apresurar su trabajo para no acabarlo antes de tiempo.

Está preparando, ante la vista del aterrado paralítico, su *vestido de hato*: ¡el que se ha de poner dentro de pocos días al quedarse viuda!

R. BLASCO.

La limosna.

Por milésima vez su cantinela repitió el infeliz con débil aón, y ni un alma cristiana respondió al sacrosanto nombre de su Dios.

Y la lluvia en el aire se enajaba, agolpando la sangre al corazón, y el infeliz las manos extendía... y sintiéndose morir... blasfemó.

Otro mendigo por allí pasaba, oyó la impresión, y dijo al insensato: «No blasfemes, no blasfemes, hermano, aquí estoy yo.»

«Si te falta la luz de los sentidos, no rechaces la luz de la razón; yo también, como tú, mi mal deploro, pero bendigo á Dios.»

«Toma del pan que con virtud sublime otro pobre me dió; suframos resignados, que los cielos para nosotros son.»

Y tras aquellas elevadas frases, que al alma dan calor, en brazos de la fe murió la duda, y el iris de esperanza fulguró.

CIRIACO SOS GAUTREAU

EN EL CALABOZO

I

Lugar de la escena: un solitario paseo, sobre una meseta artificial, elevado hasta los lienzos de la muralla; típicos arboledos formados á una y otra parte, en tres líneas y por entre cuadros de flores; de un lado una antigua ciudad, de casucas ruinosas algunas, otras restauradas como viejas coquetas, torres de aquí y acullá, de templos góticos, románicos, bizantinos, de este ó del otro estilo; conventos de religiosas, edificios con celosías y rejillas de mil aberturas, en cada una de las cuales parece que ha de haber un ojo atisbando lo que pasa afuera. Bajo la meseta, una pomposa arboleda de gigantescos chopos y otros árboles de robusto tronco y magnífico ramaje; esta hermosa plebe contrasta con los encumbrados arbolillos del paseo aristocrático, verdaderos sietemesinos que parecen muy engreídos por lo elevado de su posición. Tras de la hermosa arboleda, un alegre arrabal de la ciudad, luego un llano, colinas como ondas del terreno rojizo, amarillo, verde y pardusco á remiendos, y al fin la tierra vestida con la nieve como un manto brillante de tisú de plata.

Serían... serían las nueve de la mañana... ¡justo...! había mirado Sargueza su reloj de plata, sacándole de entre la abrochadura de su guerrera gris con botones dorados. El mozo se embozó en su capote azul de forro grana, y prosiguió por el paseo de la meseta, llamado pomposamente «El salón».

Sargueza miraba de vez en cuando á un caserón que por entre los restos de muralla elevaba su piso segundo, su mirador ó secadero, su buhardilla y su tejado negrozco y medio destruído como un sombrerillo pobre y ajado.

Conste que de esto hace algún tiempo, es decir, que lo que voy á referir no ha ocurrido el pasado, sino dos años antes ó tres. ¿Estamos en ello? Pues prosigo.

Sargueza era alto, bien entallado, arrogante, tenía negros y apicarados ojos... No era bello su rostro, sino feúcho; ya hombruno, á pesar de que Sargueza era un chiquilicuatro, con un negro bigotillo muy manoseado y en punta, que no parecía sino que el joven, á fuerza de tirar de los cuernecillos de aquella sedosa madejilla, iba á hacer lo que las viejas

con un copo de lino, alargarle y hacerle poco menos como los bigotes de un tambor mayor. Ya no los habla... ¡Que ya todo lo ruidoso y estrepitoso va desapareciendo, por la ruindad de nuestras vulgaridades! En fin, creo que esto que digo es filosófico... y como no viene al caso, prosigamos el cuento

Sargueza, alumno de artillería, alumno

Por fin se asomó la niña... ¡Ay, mis amados lectores, qué niña! ¡Estoy por decir que el cerrojillo que cantaba en uno de los árboles de la baja alameda, cantaba en honor y para regalo de aquella hermosa muchacha! Fuera yo pintor, y haría una maravilla retratando á la linda novia de Sargueza.

Tenía sus rubios cabellos, graciosamente peinados, recogidos en una gruesa trenza de cuatro cordones tendida sobre la parte superior de la cabeza, y luego enrollada en rosca por detrás; á uno y otro lado subíanle dos montoncillos de oro puro, dejando ver sobre la blancura del cnello y de la nuca sus orejitas de rosa. Era espigadita, fresca, suave, delicadísima, lleno de inocencia el rostro; pura y bonita la boca, facciones monísimas, ojos magníficos, grandes, candorosos y rasgados.

Acercóse Sargueza al pie del muro, y unos pajarillos que en una grieta del paredón se hallaban mirando arriba y abajo y torciendo la cabecita, debieron enterarse del diálogo siguiente:

— Creí que no vendrías, dijo la niña.

Y se echó á reír muy gozosa.

— Me dí de baja ayer. ¡Cuánto te quiero! Anoche te escribí... sobre el tema de siempre, que no puedo, que no sé vivir sin ti...

— ¿Crearás que pienso que á mí me sucede y me sucederá siempre lo mismo?

— ¡Qué mañana más hermosa! Ya hay flores en todas partes, pero aún está llena de nieve la sierra. No puedes figurarte, Elvira mía, lo bonita que aparecen ahí en el terreón, bajo ese cielo que hoy creo que está más azul... ¿Has pensado en mí?

La niña pronunció en voz baja un sí dulcísimo, y añadió: ¿Y tú?

Los pájaros pizaron de risa, y uno de ellos abrió las alas y se lanzó de un vuelo al espacio y sobre el llano. Sin duda se iba por no perder el tiempo necesario para buscar

alimento á sus hijuelos, oyendo tonterías. Era el pajarillo; la pajarita se metió en su nido, como vecina discreta que sólo atiende á su casa.

— Ayer, dijo la niña, estuve en el jardín y tengo un ramo de rosas, las primeras, para ti... tómalas.

Desde el balconcillo cayó, mejor dicho, desprendióse de aquella niña un manojo de frescura, de color y de belleza, un lindo ramo de flores que Sargueza cogió en su capa y se colocó después pren-



UN POQUITO ANTES

— ¡No me diga usted esas cosas, que me ponga colorada!...

galonista — y tampoco ahora hay galonistas — estaba enamorado y rondando á su novia, iba y venía por el paseo entonces casi solitario; no había en él más personas que Sargueza y un pobre cura que, sentado en un banco, y con la cabeza inclinada y como abrumada por el peso de los años y de un enorme sombrero de teja, se calentaba al sol, sacando los pies por los bordes de la sotana y mirando como hipnotizado las brillantes hebillas de los zapatos.

diéndole a los botones de su guerrera. Cuando tornó a mirar a lo alto del torreón, vió que la niña se escondía asustada y le hacía señas para que él a su vez se retirase.—Moros en la costa. ¡Curjás!... dijo la niña con voz aterrada.

El joven palideció, se embozó hasta los ojos y se fué alejando lentamente de allí, como si estuviera paseando muy distraído y haciendo memoria de alguna conferencia de balística ó de industria militar.

—¡Te pesqué, grandísimo tunante! se decía en esto un caballero que llegaba por el extremo del paseo. Tipo extraordinario, un hombre de mediana edad, con rostro huraño, de espesas cejas, espeso bigote; todo ceño, severidad y aspereza. ¡Curjás, el capitán Curjás, el canchero de la Ordenanza, el profesor más rudo... con la cabeza llena de cálculos y el corazón airado contra todo, a la menor sospecha de indisciplina!

El cadete hacía por huir, trazaba líneas diabólicas, realizaba geometrias ingeniosas por no tropezar con su jefe, que de paisano parecía un concejal de la ciudad de Segovia que había salido de su casa a solazarse. Movimientos de araña persiguiendo a una mosca, accecho de gato, esto hizo y mostró el fiero Proto Curjás, alias *Cañón rayado*.

Al fin... Sargueza hubo de apresurar el paso, y cual si se hubiera sentido repentinamente animado del deseo laudabilísimo de dirigirse con prisa a la Academia; pero se detuvo un instante, se desembozó, cuidando de ocultar con una de las alas de la capa las flores que llevaba al pecho, hizo el saludo militar, y siguió andando... Mas a los pocos pasos hubo de detenerse.

—¡Alto! dijo el feroz Curjás.

Y con la mano llamó imperiosamente al estudiante soldado.

—¿Qué porquería lleva usted ahí, señorito?... Cuando uno quiere ir elegante con el uniforme, gana la elegancia y llena uno el pecho de cruces... Tira usted esas flores; eso sólo lo llevan las mujeres... ¡Vaya usted a la Academia!... Después de la clase, quédese usted castigado... ¡Cinco días de calabozo!

¡Maldiceda disciplina militar!... ¡Figúrase! El joven no tiró, no arrojó las flores, las dejó caer suavemente al suelo, que no parecía sino que con ellas se le había caído el corazón. ¡Perro Curjás! Vió aquel implacable ordenancista volar rápidamente al pájaro que iba a encerrarse

en la jaula; vió... ¡tirano! vió rápidamente la cara de la niña del torreón... Una carita afligida que, fijando en Curjás una mirada de espanto, desapareció. Y por último, el capitán *Cañón rayado* vió en el suelo, según que una, dos y hasta una docena de veces, en el ir y venir de su paseo, se llegaba al punto en que poco antes había detenido a Sargueza, vió, repi-

las cuales relucían al sol; y Curjás se bajó rápidamente, recogió las flores y las guardó en uno de los profundos bolsillos de su gabán. Poco después, el cura quedaba completamente solo en el paseo, y muy divertido con las hebillas de sus zapatos.

II

Sargueza, después de la clase, entraba en el calabozo.

—¡Cuatro días sin verla! se decía. ¡Cuatro días preso en este triste calabozo!

Ya iba el ordenanza a cerrar la puerta, cuando el cadete lanzó un grito de sorpresa. Sobre la mesita de la prisión había en un vaso de agua un ramo de flores.

—¿Quién ha puesto ahí eso? preguntó Sargueza.

—Señorito, dijo el ordenanza; quien lo ha puesto me ha dicho que si usted preguntaba lo que ahora me pregunta, le contestara que ya puede usted figurárselo.

Y el ordenanza cerró la puerta y echó la llave.

Sargueza besó el ramo. El pobre muchacho casi tenía las lágrimas en los ojos...

—¡Oh! ¡Ese bárbaro de Curjás, dijo, es un caballero!

JOSÉ ZAHONERO.



UNA CONVERSACIÓN

Diálogo cogido al vuelo, y sin intención pecaminosa, en el Ciclorama de la calle de Alcalá.

La mamá, una señora *maqueada* y robusta, vestida con lujo cursi, chillón y de gusto detestable. Lisardita, la niña, tipo de niña pálida y ojerosa, peli negra, con un sombrero enorme y una esclavina de pantalla, cuyos menudos pliegues señalan la curva, mejor dicho, el ángulo de sus flacuchos hombros.

Entran las dos ansiosas de ver la exhibición de la Esfinge, y se abren paso difícilmente, gracias a algunos codazos y empujones, sabiamente distribuidos por doña Remigia.

Remigia es el nombre de la mamá.

Callemos y oigamos:

—Niña, adrento. No te me descabuyas. Ya sabes que no me gusta que te separes de mi lado en estos trimultos de gente.

—¡Si no me separo, mamá!

—En cuanto veas un agujero libre, aplica la vista. Si no, vas a perder el turno.

Un gomoso, que ha entrado dos minutos después que las señoras, oye las di-



UN POQUITO DESPUÉS

—Dígame usted lo que quiera, que ya no me importa nada

to, el pobre, bello y abandonado ramito.

—Sí, natural, se decía Curjás. Yo tal creo... pero le hubiera dado de bastonazos... ¡Será bueno que vayan a cargar con rosas la boca de un cañón!... ¡Esto es una mujerada de los tales monigotes!... ¡Al cuarto, al cuarto!

Entonces se detuvo ante el ramo; luego miró de nuevo al balcón; no había nada, y miró a uno y otro lado del paseo... Tan sólo se hallaba allí el viejo cura, enamorado de las hebillas de sus zapatos,



timas palabras de doña Remigia. Se acerca, saluda con finura, y la niña se pone muy colorada.

—¿Ustedes por aquí? ¡Qué feliz casualidad!

—¡No venga usted con andróminas! Usted nos venía siguiendo...

—Doña Remigia! Juro á usted...

—Mamita...

—¡No pierdas el turno!

—Cuando entré no pensé tener la dicha de encontrar...

—A otro perro con ese hueso. ¡Valiente peine está usted para que yo me fie!

—De manera que usted duda...

—De usted y de todos los huéspedes que tengo en mi casa. Gracias á que yo soy, como el otro que dice, perra vieja, y no me dan

ustedes la tostada.

El pollo, aparte:

—¡Ojalá nos la diera usted á nosotros! Aparece en el salón D. Ventura, vejete gordo y moñetudo, muy limpio, muy aseadito con una cara más alegre que domingo de Pascua, y al atisbar á doña Remigia se dirige al grupo con los brazos abiertos.

—¡Mi señora doña Remigia! ¡Patrona sin igual! ¡Modelo de víndes!

—¡Don Ventura!

—El mismo señora es,—que se postra aquí á sus pies.

—Usted siempre con la guillardura de los versos. ¡Así le luce á usted el pelo!

—Yo siempre, señora,—soy ave canora...

Durante este diálogo, la niña ha encontrado un cristal del estereoscopio desocupado, y contempla embelesada las maravillas de la Exposición. El joven la acompaña en su exploración, y la explica, por lo bajo, todas aquellas maravillas.

Doña Remigia y D. Ventura, sentados ambos y esperando turno, continúan su animada conversación.

Yo, haciéndome el distraído, escucho sin perder palabra.

La mamá tampoco pierde de vista á los niños.

—Se lo digo á usted formal,—de fondo ando muy mal.

—Sí, ¿eh? replica la jamona con acento agrídulce, pues á mí no me venga usted contando cuentos, porque ya sabe usted que no soy de las que reciben sablazos.

—No te ofendas castellana,—me basta con admirar—belleza tan singular—y figura tan galana.

—¡Incorregible! O echando flores, ó pidiendo dos pesetas.

—Está usted bien conservada—aunque no la pido nada.

—Eso es, gracias á Dios vamos tirando. No me conservo mal, porque como dijo el otro, «si una no se cuida, pierde el pan y pierde el perro»; y lo que yo digo, cuando una va para Villavieja tiene que darse buena vida, que al fin y al cabo, «el comer y el rascar, de este mundo sacarán».

—Eso es, y á quien bien tiene y mal escoge, no hay peor sordo que el que no quiere oír. Para campanas, Toledo,—para refranes, usted.

—¡Ay, sí señor! Los tango ley porque son el evangelio. ¡Niña! ¿Qué estás mirando?

—¡Una cascada, mamá!



—De agua natural, añade incontinenti el adlátere de la niña.

D. Ventura, señalando á la joven:

—¡Caracoles, caracoles! ¿Esta es aquella—niña bonita—tan chiquitita—que conocí?

—La misma. La he traído al panorama éste para que se instruya.

—Perfectamente.—Eso es muy prudente.

—Como llevo tantos años entre estudiantes, he *deprendido* á saber lo que es la instrucción; porque como el otro que dijo: «dime con quien andas...» y «el saber no ocupa lugar.» Por eso he querido que ésta siga una carrera... ¡ya va usé!

—Pues lo dice usted, lo creo,—pero yo ver, nada veo.

—Me explicaré. La niña salió con mucha afición á todo lo de *extrangis*; yo lo

ACTUALIDADES



EL ILUSIONISTA AYCARD

vide, y dije: «pues ya sé á qué la voy á destinar. La haré lo que era aquel huésped modrego que estaba en casa, cuando usted.»

—¿Modrego?—Casi lo niego.

—Aquel rubio que se echaba por la cabeza una regadera de agua fría todas las mañanas.

—¡Ah! ¡Sí, el noruego!

—Lo mismo da. «Aunque se vista de seda, el hábito no hace al monje.» Ya se acordará usted que era profesor de lenguas.

—Profesor de lenguas vivas,—es decir, de nuestros días.

—Pues eso es lo que yo hago estudiar á la niña, lenguas vivas. Ya ha concluido con la de *monsieur Gaité*, y no la falta más que soltarse. Por eso la traigo aquí, como todo esto es *franchute*, á fuerza de verlo se soltará la chica.

En aquel preciso momento, el joven huésped enlazaba dulcemente con un brazo la delgada cintura de la niña.

D. Ventura observó el juego, y contestó sonriendo maliciosamente:

—Doña Remigia, yo auguro—que aquí se la suelta á usted—la muchacha, de seguro.

—Sonó el timbre de aviso anunciando

que comenzaba la sesión de metempsicosis, y abandonó presuroso mi observatorio, deseando ver la maravillosa esfinge que presenta el profesor Aycard.

No sé si la niña lograría soltarse. Cuando yo abandoné el salón quedaba bastante sujeta.

FEDERICO JAQUES.

CUENTO

Mezcladas pimienta y sal compró una arroba Pascual, ochenta y dos Marcelino, noventa y seis Saturnino y cuatro mil don Marcial; Jacinto compró cincuenta; don Anacleto noventa; y don Anastasio ciento. ¿Dirá alguno que este cuento no tiene sal y pimienta?

J. RODAO

EL MONO Y EL CRÍTICO

...Nos conocimos á bordo del *Ciudad de Cádiz*. Juntos hicimos el viaje desde la Habana á Santander, y desde Santander á Barcelona. Rodríguez iba á visitar la Exposición; yo iba á ver la Exposición y las *noyas*.

El llevaba la representación de no sé cuántas casas de su país; yo representaba la curiosidad de los lectores de un periódico, en calidad de corresponsal.

Era Rodríguez hombre ilustrado, muy amante de los glorias de España, y más amante aún de las mujeres españolas.

Solía contarme á bordo, con acento mejicano bastante marcado, sus amores con una *bailaora* del *Imparcial*, y sus correrías en pos de lo que tenía sabor á chulapería madrileña. A pesar de su ilustración, recordaba el mejicano con orgullo la noche en que, á presencia de lo más escogido del café cantante, le habían vaciado por la espalda cuatro botellas de manzanilla, mientras el novio de una *cantora* brindaba por *Moctezuma*... ¡Aquella sí que fué *juerga*!

Pero Rodríguez vivía ya de los recuerdos. Era en su país demasiado persona, y no podía echar en olvido su posición social.

Cuando llegamos á Barcelona nos separamos; él, haciéndome muchos ofrecimientos; yo, estimando en lo que valía su franca amistad. Y no volvimos á vernos.

Un día, á la caída de la tarde, despedía yo en la Habana á un amigo que por primera vez abandonaba la Isla. Sobre la cubierta del buque hacíale yo elogios de mi patria, de esta España tan desconocida por la mayoría de los americanos.

De pronto oigo á mis espaldas una voz que decía con acento mejicano:

—¡Miren el compañero, caramba!

Era Rodríguez, que volvía España, tan satisfecho como cuando iba á ver la Exposición.

—No se va usted á tierra, me dijo, sin aceptar un regalo mío.

—Pero...

—Nada, no valen excusas. Que traigan la jaula, añadió dirigiéndose á un criado.

Yo me eché á temblar. No creí que hubiera nadie capaz de regalarme un loro.



Cuando el criado apareció con la jaula, senti que la sangre se me subía á la cabeza, y estuve por pegar á Rodríguez... ¡Me regalaba un mono!

Obligábame la cortesía á aceptar el regalo y á mostrarme agradecido, porque el mejicano me obsequiaba con la mejor buena fe. Pero yo no atinaba á quitarme el disgusto de encima, ni sabía qué hacer con el mono.

Cuando entré en la redacción, se armó el gran barullo. La noticia del regalo llegó á la imprenta, y no quedó aprendiz que no viniera á verle.

Entre los compañeros más compasivos se despertó la idea de darle de comer, mientras otros discutían que lo primero

era buscar un sitio á propósito donde colocarle. Y á todo esto, el maldito animal no gustaba de las fiestas que se le hacían. Al menor asomo de halago, chillaba y enseñaba los dientes. Así estuvo algunos días, molestándonos con sus gritos y entreteniendo á los transeúntes con sus gestos.

Una mañana recibí en mi casa la visita de un menor de edad. Pretendía ser crítico del periódico, y venía recomendado por un amigo.

Fuimos á la redacción. El futuro crítico vió al mono y me soltó un discursito, basado en las teorías darwinistas.

—Son nuestros antepasados, me decía mirando al animal, y hay que tra-

tarlos con cariño. Desde aquel instante, el joven fué nombrado crítico del periódico; no porque yo entendiera que podía desempeñar el puesto, sino porque la corriente de simpatía que se estableció entre él y el mono me daba ocasión para estudiar la teoría de Darwin.

En efecto; á los tres meses de estar juntos algunas horas, el mono gesticulaba como el crítico, y el crítico escribía cosas tan extraordinarias como los gestos del mono.

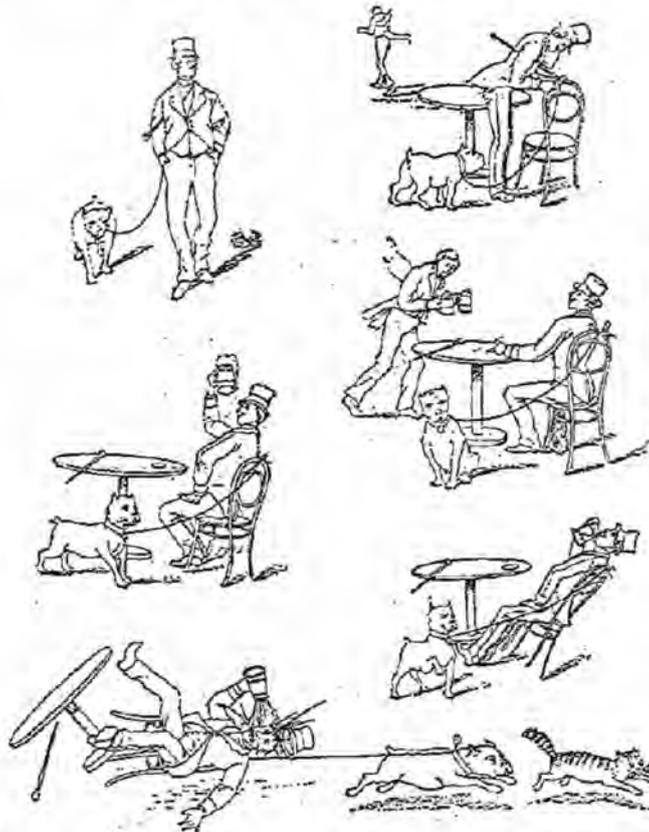
Y... ¡vive Dios que podrá el hombre no descender del mono; pero lo que es el crítico, tal como ahora se usa, eso ya es discutible!

FRANCISCO DURANTE.

En la cervecería.



Voy siguiendo los pasos de Dorotea. ¡Se va á volver locuiza cuando me vea!



EL BOCK Y EL BULL-DOG



Va siguiendo á mi esposa. ¡Valiente facha! Como la haga una muñeca le rompo el alma.

PROPIO Y AJENO

BOBADA

Ni la límpida corriente del arroyo transparente, ni las bellas alboradas, ni las auras perfumadas del ambiente; ni el bosque, ni la pradera, ni la colina, ni el valle, ni que yo haga lo que quiera... le interesa á la tramera de mi calle.

EUSTAQUIO CABEZÓN

Diccionario latino español, etimológico, seguido de un vocabulario español-latino, por D. Francisco Salazar y Quintana.

Este libro, de gran utilidad para todos los que se dedican al estudio del latín, va precedido de un prólogo del sabio

filólogo y académico D. Eduardo Benot, de un prefacio del autor, que es un concienzudo trabajo sobre el origen y formación de la lengua del Lacio, y de unos notabilísimos *Prolegómenos gramaticales*, muy útiles y necesarios, y que no se encuentran en ningún otro Diccionario de los publicados hasta el día.

Felicítamos de todas veras á nuestro querido amigo por tan excelente trabajo, y á la casa editorial de D. Juan Muñoz Sánchez, que ha publicado el libro.

Locuras humanas es un nuevo libro de doña Marta del Pilar Sinués, que ha puesto á la venta la casa de J. Roldán.

Recomendamos á nuestros lectores su adquisición.

Hemos recibido *La batalla del Guadalete*, Memoria recientemente leída por su autor D. Manuel G. Barzanallana en el Ateneo hispano-portugués.

Cuentos políticos, por Silverio Lanza. Se ha puesto á la venta tan interesante libro, y estamos seguros de que, como los anteriores de este popular escritor, se agotará pronto.

LOS MADRILES

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA EN COLORES
Número corriente, 15 céntos. Atrasado, 25.
Madrid y provincias: Un año, 9 ptas. Seis meses, 5.

Ultramar y Extranjero: Año, 15 ptas. Se publica los sábados. Pago adelantado. Se suscribe en la Administración y principales librerías.

ARTÍCULOS DE CASAS RECOMENDABLES DE MADRID

CHOCOLATES DE MATÍAS LÓPEZ

Madrid.—Escorial.

Elogiados por toda la prensa del globo, y premiados con **36 medallas de oro** y **Diplomas de honor**.

Venta diaria: 7.000 KILOS

Basta probar estos especialísimos chocolates una sola vez para darles la preferencia entre todas las clases conocidas.—**Exijase la verdadera marca.**

De venta en todos los Establecimientos de comestibles de Madrid y provincias.

Depósito central: Montera, 25.—Oficinas: Palma alta, 8, Madrid.

SOBRINOS DE GUINEA

GRAN CONFITERÍA Y REPOSTERÍA

Carretas, 27 y 29.

Dulces, bombones, ramilletes, tartas.—Veinte clases de caramelos especiales de la Casa.

Caprichos para bodas y bautizos.

Jamones en dulce de todas clases, salchichones, etc.—Vinos finos.

Pasteles á 1,50 pesetas la docena.

Teléfono 142.

LA ESPAÑOLA

Gran Fábrica de Chocolates.

Pedid siempre esta marca, la más acreditada de España, por la bondad de los artículos empleados para su elaboración.

PASEO DE ARENEROS, 38

Para toda clase de encargos, órdenes y avisos, dirigirse:

4, Preciados, 4.

Relojería.

MONTERA, 14.

Remontoirs níquel desde 11 ptas.
Remontoirs acero desde 14 ptas.
Roskoff níquel desde 30 ptas.
Remontoirs plata, áncora, desde 24 ptas.
Remontoirs plata, señora, desde 22 ptas.
Remontoirs acero, señora, desde 20 ptas.

Cadenas desde 75 céntimos.

Pastillas y píldoras azoadas,

para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, estarros, bronquitis.

A media y una peseta la caja
Van por correo.

Café nervino medicinal.

Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahidos, epilepsia, parálisis, debilidad.

A 3 y 5 pesetas caja.

Van por correo.

Píldoras Lourdes.

Es el mejor purgante antibilioso y depurativo.

A una peseta la caja.

Van por correo.

Impotencia, debilidad

Curra segura con las célebres píldoras tonico genitales del Dr. Morales.

A 7,50 pesetas la caja.

Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.—Depósito general: Carretas, 39.—Dr. MORALES

CARLOS AUBERT

Las novelas amorosas.

Publicación de gran lujo con ilustraciones en colores y cubiertas al CROMO EN CATORCE TINTAS.

2 pesetas cada tomo.

Se venden separadamente porque cada uno contiene dos ó tres novelas completas.

GÓMEZ DE AMPUERO

¡CON VERLO BASTA!

NOVELA FESTIVA

Un tomo con ilustraciones y cubierta en colores.

UNA PESETA

LIBRERÍA

DE LA

VIUDA DE POZO, É HIJOS

Obispo, 55, Habana.

Agentes en Cuba para la suscripción y venta de

Los Madriles.

COMPañÍA COLONIAL

Chocolates y Cafés.

La Casa que paga mayor contribución industrial en el ramo, y fabrica

9.000 KILOS de chocolate al día.

38 MEDALLAS DE ORO y altas recompensas industriales.

De venta en todos los Establecimientos de comestibles.

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20, MADRID

Anuncios para esta plana y para los telones, vestíbulos, exterior y respaldos de butacas de los teatros de

Apolo, Martín, Infantil, Eslava y Felipe,

Agencia de publicidad.



MONTERA, 51

